

TESTIMONIO HOMENAJE A JORGE CARPIZO. EL DIPLOMÁTICO

Yuriria ITURRIAGA DE LA FUENTE

Un lunes de julio de 1995 nos llamaron al hallar circular de la embajada de México en París, ubicada en el número 9 de la calle de Longchamps, en la 16ª circunscripción. El personal que laboraba en este edificio y quienes ejercíamos nuestras tareas en la Casa de México de la Ciudad Universitaria y en el entonces Centro, hoy Instituto Cultural de México, María Antonieta García Lascuráin y la que esto escribe, directoras respectivas, acudimos con nerviosismo a encontrar al nuevo embajador. Nos colocamos cerca de los muros reproduciendo el círculo, casi sin hablar y mirándonos entre nosotros con la aprensión de la incertidumbre por el cambio de jefe de misión.

Jorge Carpizo entró por la puerta que comunica con la residencia del embajador, exhibiendo la gran sonrisa que lo caracterizó siempre. Sin mayores preámbulos saludó a cada uno con un apretón de manos, algunos murmuramos nuestros nombres y cargos, pero él parecía conocernos ya. Se integró al círculo, y desde ahí nos preguntó cuáles eran nuestros horarios. Un portavoz le dijo que teníamos horario cortado con una hora para comer a mediodía, y Carpizo nos dijo, más o menos: “yo pienso que todo mundo tiene derecho a una vida privada, las siete horas de prestación deben ser suficientes para dar resultados, yo no voy a pedirle a nadie que se quede después de su hora de salida, voy a respetar sus horarios y les pido que también ustedes los respeten. Estoy seguro de que nos vamos a llevar muy bien, pueden volver a sus sitios de trabajo, yo pasaré a visitar a cada uno”. Entendimos que también a cada *una*, porque esa precisión aún no se utilizaba.

Nos reintegramos a nuestros puestos con la inquietud que da lo inesperado, pues si en algo se caracteriza la vida de las embajadas, con rarísimas excepciones, es la obligatoria disponibilidad del personal hacia sus jefes.

Pocos días después, llegó el flamante embajador al Instituto Cultural que yo había trasladado dos años antes del domicilio donde lo recibí en el boulevard Raspail, a la calle Vieille du Temple en el eje de las galerías de arte del barrio del Marais. Le presenté a mis cuatro colaboradores mexica-

nos y la traductora francesa, apresurándonos a mostrarle videos de lo que habíamos hecho en los cinco años y medio de nuestro encargo. Me sentía orgullosa de las dos exposiciones mensuales de artistas mexicanos, de las colecciones itinerantes de arte contemporáneo y popular que había enviado a catorce países y a distintas galerías en territorio francés, de los eventos en que participábamos constantemente y de los proyectos que ya teníamos para otras sedes... No alcanzó a mirar todo, pero, con esa bonhomía que yo aún no sabía le era habitual, me invitó a comer. Torpemente pregunté si la invitación era para todos, pues solíamos comer juntos. El dijo que en otra ocasión iríamos en grupo, pero esta vez quería conversar conmigo.

Entramos en un nuevo *bistrot*, próximo al Instituto, cuyos propietarios se esmeraban en la cocina y el servicio. Ese día supe que Jorge era un verdadero y alegre *gourmet*, pues los hay con la crítica amarga. Sin prisas ni exigencias me instó a escoger antes que él. Cuando sirvieron el vino y un abre-boca, me miró de una manera penetrante, que contrastaba con su sonrisa tranquilizadora, y preguntó: “¿cómo te llevabas con Morales Lechuga?” (su predecesor inmediato). Contesté: “no me llevaba ni bien ni mal, simplemente era mi embajador”. Entonces me dijo con decisión: “¿sabías que pidió acción penal en tu contra?” Mi sorpresa estuvo a punto de dejarme escapar el bocado sobre el mantel, ni siquiera atiné a preguntar por qué, con qué motivo (y nunca lo supe), pues quedé embargada por lo que debe sentir quien cae al agua sin saber nadar y al salir se da cuenta de que pudo haberse ahogado. El embajador debe de haber adivinado mi sentimiento, porque añadió: “pero no procedió su demanda”. Y me ofreció su gran sonrisa blandiendo la copa de vino como para brindar por ello.

Cuando Jorge Carpizo llegó a presidir la misión, yo había avanzado un proyecto para el que me dio todo su apoyo: la exposición intitulada “Las plantas que México ofreció al mundo”, y que sería presentada en el invernadero u Orangerie del jardín de Luxemburgo, dependencia del Senado de Francia, donde se cultivan las frutas y flores que son servidas en las mesas protocolarias de la Cámara Alta. La inauguración, presidida por nuestro embajador y René Monory, presidente del Senado, tuvo buena relevancia mediática, siendo tal vez el acto más comentado de ese verano, en el que México mostró la importancia de sus aportes botánicos, como el jitomate, tomates verdes, que en Europa usan como adorno floral, cacahuete, chocolate y vainilla, aguacate y toda la familia de los zapotes, la de los *capsicum*, nuestros chiles, la de las cucurbitáceas, y chayotes y jícamas, entre otros que fueron expuestos en plantas con frutos o raíz, en fotografías y cédulas, tanto de difusión como científicas, habiendo sembrado previamente (en abril) dentro de los arriates frente al invernadero, una milpa tradicional que los

paseantes vieron crecer hasta su madurez en el momento de la exposición. El embajador estaba radiante de comenzar su función de este modo, pues su mexicanismo era lo único que lo motivó para aceptar el puesto.

En efecto, cuando la relación de trabajo dio paso también a una relación de amistad imperecedera, Jorge me contó que cuando terminó su cargo al frente de la Secretaría de Gobernación y el nuevo presidente Ernesto Zedillo le propuso esa embajada, él la rechazó argumentando: “mi único interés es reintegrarme a la investigación en la UNAM”, pero Zedillo fue tajante: “no quiero que le pase nada en México, debe irse”; entonces envíeme a un país cuya lengua no desconozca yo, como Alemania o Gran Bretaña, condicionó Jorge. Pero había compromisos con Juan José Bremer y Andrés Rozental, y terminó por aceptar París, con la decisión y voluntad que caracterizaban todos sus actos: desde el día siguiente de su llegada, contrató una profesora de lengua francesa por tres horas diarias. Para la inauguración con el senador Monory habló en un francés comprensible, y tres meses más tarde podía hablar públicamente sin leer sus discursos. Cuando lo felicitábamos por ello, su sonrisa era de niño aplicado y colmado. También era un niño en su buena fe y por su confianza en los demás.

Jorge había publicado en un libro una anécdota que involucraba a su predecesor en la Procuraduría General de la República y después en la embajada en Francia. El resentimiento de éste contra Carpizo no podía sino ser muy agudo y, visto lo que me hizo a mí sin ningún motivo, yo temía por mi embajador, quien era de los rarísimos funcionarios que conservan al personal cuando asumen un nuevo cargo, y no había removido ni siquiera a la secretaria de Morales Lechuga, quien recibiera excepcionales prestaciones de éste, y tampoco a la cocinera que sirviera a la familia Morales. Mi temor por él fue mayor que mi pudor, y le pedí que cambiara a estas dos personas, cuya lealtad respectiva no podía estar con él. Pero Jorge las defendió y las conservó cerca suyo, porque él sí creía en la presunción de inocencia, y su coherencia lo hacía defender a los más débiles de la escala social o a quienes por la razón que fuera estuvieran en desventaja. Prefería correr riesgos que cometer una posible injusticia.

Hombre culto, poco después de llegado a París preguntó por qué en las paredes de la residencia solo había cuadros de pintores europeos, muchos de ellos copias. Me pidió que buscara en bodegas y oficinas de la misión obra de autores mexicanos y la pusiera en el lugar de la que adornaba la embajada. Muchos se escandalizaron alegando que los salones de recepción protocolaria, con su estucado en techos y paredes, cortinajes de terciopelo y candeleros, cómodas Luis XVI y consolas con marquetería de Boulle, conformaba

un estilo en el que no encajaba la pintura mexicana. Pero él había viajado lo suficiente para saber de mezclas de estilos en decoración y confiaba en mí.

Cuando le informé que había encontrado en oficinas consulares un Gerardo Murillo, al Doctor Atl, un Siqueiros y un Orozco, seis Ángel Zárraga, un Juan Soriano, varias serigrafías de Rufino Tamayo, un Alfredo Zalce, uno o dos Roberto Montenegro, un Joaquín Clausell, entre otros que mi memoria no alcanza ahora a citar sin equivocaciones, se puso tan contento que me dio “derecho de picaporte” en la residencia para que realizara los cambios en pro del arte mexicano.

Los soberbios óleos de Ángel Zárraga habían sido creados, alrededor de los años 30 del siglo XX, sobre medida para las paredes del comedor de la embajada, pero Carlos Fuentes las había enviado a una bodega en el ático antes de construir un *pent-house*, de tal modo que ya no podían salir de aquella. Hubo que alquilar una grúa para sacar los monumentales cuadros por las ventanas del cuarto piso y reintroducirlos por las del primero. Yo sabía que mi destino estaba en juego si algo le pasaba a esta obra, pero logramos reinstalarla en las paredes para las que estuvieron destinadas desde su creación. En el salón quedaron, sobre la chimenea, el volcán del Doctor Atl, los otros cuadros en sus paredes y, en el salón adyacente que tiene un piano, el Siqueiros de caballete. Mientras que montamos los cuadros europeos en los altísimos muros de tres pisos de las escaleras, como son los museos del siglo XIX.

El embajador Carpizo mostraba orgullosamente a sus invitados, entre quienes había siempre intelectuales de renombre, esta pequeña muestra de arte moderno mexicano, que, contrariamente a las predicciones de algunos, se veía muy bien en el marco parisino, porque el arte mexicano es universal, decía nuestro culto y patriótico representante.

Otra misión que me encomendaba a veces era la de enseñar a su cocinera platillos mexicanos “para presumirlos” —decía—. En esas ocasiones me quedaba durante el servicio para supervisar que todo saliera bien, y por el mesero me enteraba de cuánto se envanecía al ser celebrados los sabores de nuestro país. Porque Jorge fue un embajador que entendió su misión como una entrega de todos sus conocimientos, experiencia y vitalidad para hacer no solo conocer, sino respetar y amar a México por franceses y todos los extranjeros. Un México que era, para él, no una entelequia, sino hombres y mujeres reales, cuyo destino le importaba mejorar.

Una jugada de billar político me sacó de un día para otro de la dirección del Instituto. Jorge fue a México y me obtuvo una prórroga como asesora para que organizara la Asociación de Amigos de México en Francia. No le fallé: desde el logo (aún vigente) hasta los bocadillos que hice para el acto constitutivo, pasando por la redacción de los estatutos y la lista de perso-

nalidades que se afiliaron, pasaron por mí, hasta que él presidió con fineza diplomática y olfato político, en un salón prestado por la Casa de América, la asamblea que eligió para la mesa directiva y el consejo de administración a personas cuya influencia política y económica garantizaban un apoyo a México eficaz y a largo plazo.

El embajador Carpizo obtuvo también la reciprocidad de la gratuidad de visas entre Francia y México. Por su labor que, en opinión de periodistas, observadores políticos y altos funcionarios galos fue la más fructífera en el aspecto económico bilateral de varios decenios, le otorgaron diversas medallas, como la Henri Capitant de la Barra de Abogados de París, la Nacional al Mérito en grado de oficial y la de la Orden de la Legión de Honor en grado de Comendador entregada por Jacques Chirac, quien, por cierto, comentó a Jorge Carpizo que se la daría después de la última visita de Estado que hiciera Zedillo a Francia, pues éste se opuso a que el embajador fuera condecorado en su presencia.

Este testimonio no puede acabar sin mencionar que Jorge aplicaba para sí mismo la recomendación que nos hizo: tener una vida privada. Durante su estancia en París, su amistad me permitió convivir con él y su familia hasta sentirme como una de ellos: con frecuencia los acompañé, a Jorge con su mamá, doña Luz María y Mary Quiterio, y, o con sus hermanos Carlos y Óscar, su hermana Ana Elena y Carmen, hermana política, sus sobrinas Luzma y Maricarmen, sus sobrinos Carlos, Víctor, Óscar... en pequeñas excursiones domingueras o de fin de semana. Y hubiera querido acompañarlos a viajes de mayor envergadura que él realizaba siempre con unos de ellos, y sobre todo con ellas, en todos sus asuetos. Lamentablemente, mis compromisos con mi madre, Eugenia, quien quiso a Jorge tanto como yo, y con mi sobrino José Eugenio, quien siempre recuerda deber al embajador Carpizo la continuidad de su carrera de ingeniero en Francia, me impidieron seguirlo en alguno de sus periplos.

Cuando Jorge dejó su cargo a principios de 1998, yo ya no era parte de la misión: había creado el único verdadero restaurante mexicano en Francia (y Europa) que él inauguró al lado del alcalde de la 3ª circunscripción; desde entonces mi amigo fue un cliente asiduo y estimulante, crítico para nuestro bien, pero sobre todo para el del país que representábamos ambos desde distintos ángulos.

Amigo irremplazable, Jorge Carpizo, campechano de corazón, mexicano de alma y de espíritu universal, fuiste el más humano de los jefes y, por lo mismo, exigente; sabio e incorruptible en política, valiente y, por ende, clarividente, sobre tu propio destino, pero sobre todo portador de esperanza en el destino colectivo de nuestro país: descansa con nuestro amor.